

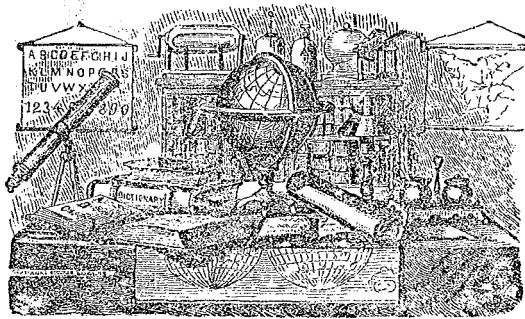
E. 99 ROME

EL CENTENARIO

de

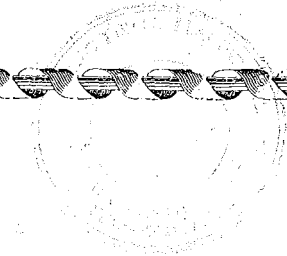
D. PEDRO FERMIN CEVALLOS

En Cuenca.



1912.

Imp. de la Universidad.

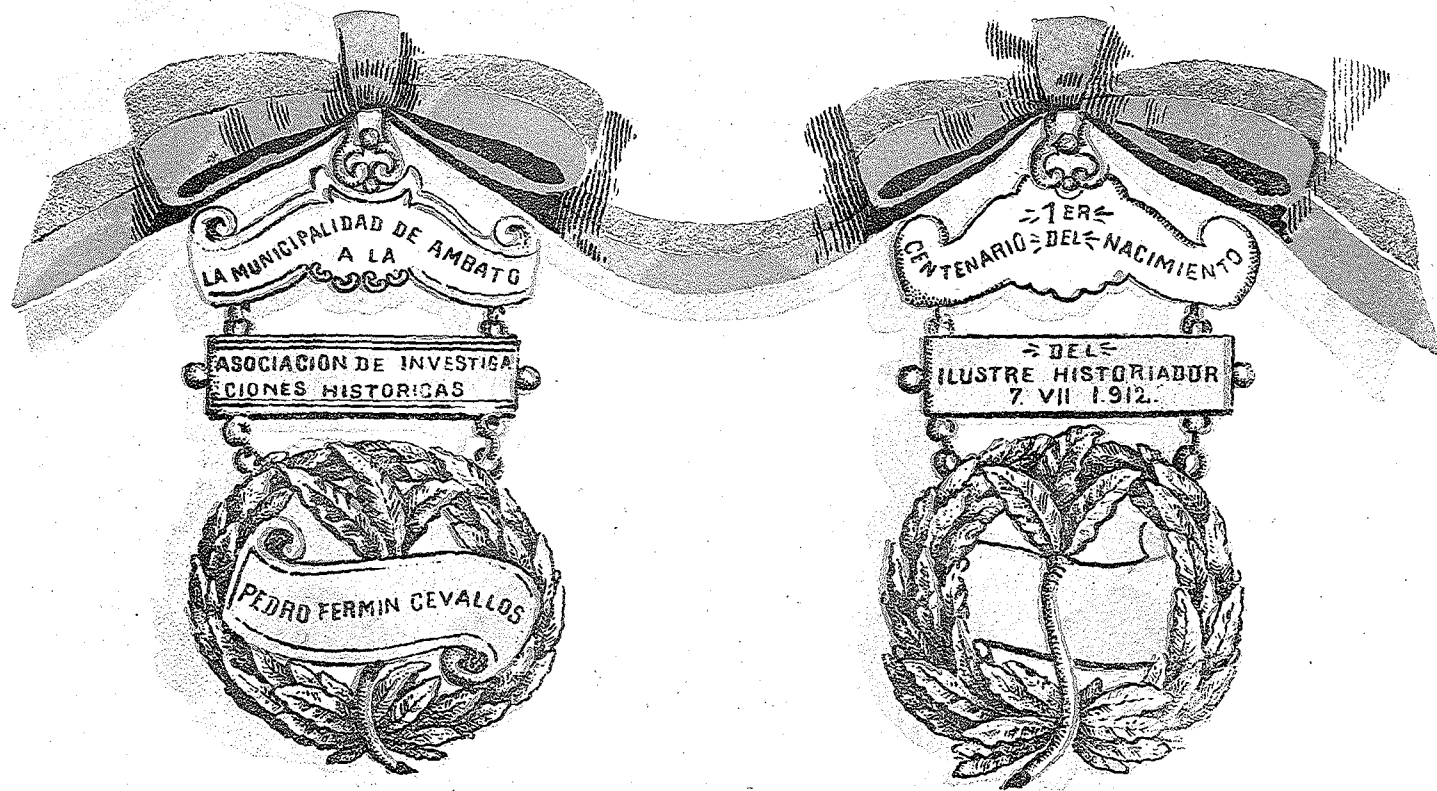




Dignum laude
virum munda
velat mori

Aureum
Centenario
Dignum Galus

For A. Sarriento.



Facsimile de la medalla que por comision de la "Asociacion de Investigaciones Historicas" recibio el ilustre republico ambateño Dr. D. Juan Benigno Vela.

*
* *

Como tributo de admiración y prenda de cordial afecto al noble pueblo de Ambato, habríamos deseado coleccionar todos los importantes documentos y trabajos literarios y científicos referentes a la fiesta del centenario del nacimiento del ilustre historiador Don Pedro Fermín Cevallos, entre los que se cuentan joyas de gran valer, así para las letras, como para las relaciones sociales de los pueblos del Ecuador; pero, tenemos que limitarnos a publicar sólo los discursos de la Velada que se celebró a iniciativa de la *Asociación de Investigaciones Históricas*, porque a pesar del generoso apoyo del Supremo Gobierno y del decidido de los Señores Gobernador de la Provincia y Rector de la Universidad, los escasos fondos pecuniarios de esa incipiente *Asociación*, no pueden extenderse a más.

Lo que no debemos ni podemos omitir es la narración de ciertos detalles relativos a esa Velada, que necesitan perdurar cuidadosamente guardados en el libro; porque el lazo de fraternidad entre los pueblos no se sanciona en la ley, ni se la enseña en la cátedra, ni se la define en el parlamento o la tribuna pública, sino se la comprueba con hechos.

Monseñor Pólit, Obispo de Cuenca, distinguido patriota y distinguido hombre de letras, presidió la fiesta del Centenario, acompañado de altos personajes del clero regular y secular. Presidieron, también, en sus respectivos puestos de honor, las Autoridades políticas y militares; la Exma. Corte Superior de Justicia, el Ilustre Concejo Cantonal y la Universidad.

La concurrencia de señoras y caballeros, fué numerosa y escogida, a pesar de que se celebraba ese mismo día, otra fiesta muy íntima y muy querida para Cuenca; y resultó grandiosa y solemne dicha Velada, en la que estaban representadas dignamente todas las clases sociales; pues los cuencanos parece que se esmeraron en dar el mayor esplendor a ese testimonio de afecto al pueblo de Ambato, en homenaje de admiración a uno de sus hijos ilustres.

Tampoco podemos omitir la muy significativa circunstancia de que la música nacional de la Velada fue especialmente compuesta para la fiesta de Cevallos.

El insigne artista Sr. Rodríguez con su *Himno a la Patria*; el inspirado Sr. Pauta con su *Melopeya*, y el notable joven universitario Sr. Rafael Sojos Jaramillo con su patriótico *Himno a Cevallos*, han probado que en Cuenca el amor a la Patria y el culto a las

glorias nacionales es una virtud característica de este pueblo.

Nos reservamos para publicar, en cuaderno separado, esas bellas composiciones musicales, haciéndolas litografiar en los talleres de la Universidad, donde se trabajaron la tarjeta conmemorativa del Centenario y el facsímile de la medalla de oro, con que la espléndida munificencia de la Ilustre Municipalidad de Ambato, condecoró a la *Asociación de Investigaciones Históricas*, reconociéndola como a la iniciadora de las fiestas centenarias; trabajos artísticos que añadimos a la páginas de este opúsculo.

Por último, para que nada faltase en esta fiesta, que la llamaremos de la fraternidad ecuatoriana, el representante o comisionado de la Asociación "Pedro Fermín Cevallos" para recibir la expresada condecoración, lo fue el patriarca de las Letras ambateñas, el ilustre Dn. Juan Benigno Vela, quien por sus energías y talentos es grande en la patria de Montalvo y Mera,

La esquisita cultura, la gallardía, el afecto y el entusiasmo con que supo cumplir el Sr. Dr. Vela dicha comisión ha obligado no sólo a la juventud, sino a toda la sociedad cuencana, a cuyo nombre le damos ahora públicamente las gracias.

El Editor.

VELADA LITERARIA-MUSICAL

que, en homenaje al sabio historiador, jurista y filólogo ambateño, DON PEDRO FERMIN CEVALLOS, se celebra en el salón de la Universidad *Azuaya*, el siete de Julio de 1912.

HIMNO NACIONAL.

HIMNO A LA PATRIA; coro.— Poesía del Sr. Dr. D. Remigio Crespo Toral.—Música del Profesor Sr. José María Rodríguez.

LA CINCUETAINE; solo de violín con acompañamiento de piano, ejecutado por los Señores Sojos y Sarmiento.

DISCURSO del Dr. D. Remigio Remero León, Director de la Asociación de Investigaciones Históricas.

SERENATA DE BRAGA; trío de violín, canto y piano.

CARNAVAL DE VENECIA (SCHULHOFF).—Variaciones en piano, por el Sr. Rodríguez.

DISCURSO del Sr. Dr. D. Rafael María Arizaga, representante del Ilustre Concejo Cantonal de Ambato.

MONOLOGO DE LA TEMPESTAD.—Música de Chapí. Canto y piano por los Señores Gálvez y Sarmiento.

GRAN DUO DE BARBIERI, cantado por los Señores Rodríguez y Gálvez. Poesía del Sr. Dr. José Miguel Rodríguez.

DISCURSO del Sr. Dr. D. Remigio Crespo Toral, Presidente de la Academia del Azuay.

LA CANCION DEL HERRERO [Melopeya].—Poesía del Sr. Dr. D. Honorato Vázquez, cantada por el Sr. Gálvez. Música del Profesor Sr. D. Luis Pauta Rodríguez.

BAĻADA.—Canción española.

HIMNO A CEVALLOS.—Coro de los jóvenes de la Universidad.— Música del alumno Sr. Rafael Sojos Jaramillo y versos de R. R. C.

DISCURSO

del Director de la Asociación de Investigaciones Históricas
"Pedro Fermín Cevallos"

Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo; distinguidos Magistrados, Concejeros y Profesores; Señoras y Caballeros:

Al señalar Cristóbal Colón, con su audaz descubrimiento, el derrotero para América presentó ante las atónitas miradas del mundo entonces conocido el espectáculo grandioso de pueblos, razas y civilizaciones misteriosas, que tenían por escenario un vasto Continente perdido entre la espuma de los océanos y vestido con las galas de una vejetación lozana y exuberante; de modo que el descubrimiento de América planteó para la ciencia, con caracteres no inteligibles, arduos problemas que despertaban hondas y gigantescas luchas en el pensamiento humano.

Colaborar para la solución de algunos de ellos, interrogando, en cuanto se pueda, a la muda Esfinje del pasado; buscar las huellas que en el suelo americano han dejado esas razas, muchas de las cuales no han muerto, sino que están vigorizadas con otra sangre y ennoblecidas con otra civilización; llevar, en fin, un grano de arena al monumento grandioso de la Historia, tales fueron los altos fines de la institución, y tales los nobles ideales que persigue la pequeña, pero entusiasta Asociación de Investigaciones Históricas, que me ha colocado en el puesto más visible, para prestarme protección más eficaz.

Y estamos de fiesta, porque esa humilde Asociación ha querido celebrar el centenario del erudito Historiador D. Pedro Fermín Cevallos, cuyo nombre lleva como timbre de honor en sus limpios blasones; y os ha convocado en este como templo, donde se ciernen las sombras venerandas de nuestros egregios maestros, para satisfacer un deseo innato del alma cuencana que en sus caballerescas y sencillas costumbres

tiene siempre culto para todo lo grande, para todo lo venerable.

Habéis acudido, Señores, a este llamamiento, con solicitud y entusiasmo patriótico, porque Cuenca conserva todavía los santos, los nobles ideales de la gloria; porque Cuenca cree en Dios, ama a la Patria y sabe cumplir su misión en la vida republicana, cooperando a la cruzada civilizadora de apagar el odio entre hermanos y de borrar las fronteras del provincialismo mezquino y egoísta. Los cuencanos, que en defensa de la Religión y la Patria saben morir sonriendo en las barricadas, abrazados del pabellón tricolor; los cuencanos que viven cantando los dulces idilios y los ensueños del corazón, no fueron ni pueden ser indiferentes jamás para las grandes empresas y las gloriosas jornadas.

Nacidos en el pedazo más hermoso de la tierra ecuatoriana, en medio de una naturaleza espléndida y risueña; cobijados por un cielo transparente, que si alguna vez tiene nubes, éllas se tiñen de colores o se visten de púrpura y de oro; rodeados de montañas azules, de viejos sauces y de añosos capulíes; arrullados por el Machángara y el Tomebamba, caudalosos ríos de ondas claras, monarcas coronados de espuma, que embellecen cuanto tocan, los cuencanos, como el ave en el bosque, hemos nacido para la vida sencilla y sosegada y para la contemplación de los encantos de la naturaleza. Lejos de todo bullicio y sin otra distracción que el estudio; el torneo literario, el certamen científico y la contienda intelectual son necesidades imperiosas entre nosotros; y aprender, investigar y escribir siempre es el producto natural, el fruto único de nuestra vida.

Arrastrados por vocación al canto, consagrados por necesidad al estudio, adiestrados por costumbre al sacrificio, creyentes por naturaleza, soñadores de raza ¿qué mucho, Señores, que entre nosotros tenga altares la gloria, y que, disputándonos con nuestros hermanos, en noble contienda, el culto a los inmortales, se guarden en esta tierra las efemérides gloriosas de la Patria ecuatoriana?

La fiesta de hoy, verdaderamente cuencana, se

imponía, pues, como un deber social: 1º en consideración al noble pueblo de Ambato; y 2º por la importancia del prócer ilustre cuyo centenario celebramos, como voy a demostrarlo, ya que ante auditorio tan ilustrado, y en solemnidad tan grande, debo esforzarme en dar a mi discurso cierto tinte académico, implorando antes benevolencia, con la misma timidez y respeto con que lo he hecho todas las veces que desde la tribuna he fatigado vuestra atención.

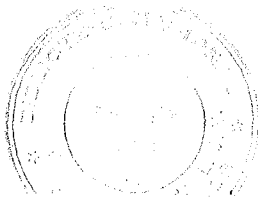
El moderno concepto del Estado, aunque reducido a la más fría y algebraica expresión del derecho y para el derecho, divide las funciones fisiológicas de la vida social, de tal manera que cada pueblo, municipio o comunidad concurren según su idiosincracia al desarrollo de la civilización, como miembros de un organismo muy semejante al del hombre, elemento primordial de los Estados; sin que esta diversidad implique dependencia ni inferioridad. Hay, pues, pueblos-cerebro y pueblos-corazón, pueblos que trabajan y pueblos que nutren, pueblos que piensan y pueblos que sienten.

Los innumerables inventos y los portentosos perfeccionamientos de las máquinas; los estupendos progresos materiales, el gran desarrollo de las industrias y la decantada civilización del siglo, obra son de los pueblos que trabajan.

La fuerza que encadena a la electricidad y da impulso al vapor; el verbo que crea; el pensamiento que vuela para sorprender al astro fugitivo en su carrera o para conocer de la vida del insecto que se oculta en las entrañas de la tierra, y el poder que cuenta y mide las palpitaciones del mundo, atributos son de los pueblos que piensan.

Pero la paz de los gobiernos y el equilibrio político de los pueblos; la inmutabilidad de las constituciones y de los códigos de los Estados; la conservación del orden, la guarda de la propiedad y el respeto a la santidad del altar, al honor de la familia y a la dignidad del trono, labor exclusiva es de los pueblos que aman, de los pueblos que sienten, de los pueblos corazón.

Fundada la ciudad de Cuenca por un hidalgo



español, en este valle cubierto de flores, y a la sombra de una Cruz y de un campanario, como paloma olvidada en el nido, vivió entre arrayanes y retamales la vida devota y sencilla de los tiempos primitivos; y lejos de todo bullicio, creció en medio de sus soledades, siempre uraña, pero siempre afectuosa y sincera, desempeñando en la evolución social, así en la época colonial, como en la independiente y republicana, la santa misión del amor y de la concordia entre sus hermanos.

Guayaquil y los pueblos que con él forman esa gallarda legión de cíclopes que laboran por la ventura de la Patria, derraman a torrentes, y día a día, la fecundante sabiduría de la civilización en todos los ámbitos de la República. Quito con su docta y secular Universidad, difundiendo la luz del pensamiento entre todos los pueblos que a su torno se agrupan, mantiene el brillo de la gloria nacional; pues supo, desde tiempos remotos, dar esplendor a las Letras ecuatorianas, hasta en el seno mismo de la Madre España, soberana un día de la monarquía intelectual de Europa. Y Cuenca, este girón de tierra que guarda el templo y el sepulcro de nuestros mayores, la casa paterna y el Colegio, cenotafio de tantos recuerdos dulces, de tantas esperanzas risueñas; Cuenca, Señores, este ideal purísimo de nuestros amores, de nuestros cantares, de nuestros ensueños; esta divinidad a quien adoramos de rodillas es la misionera de la paz, pueblo corazón, que derrama su sangre misma por toda la República, enseñándole a amar y a sentir. Desde sus héroes, como Calderón, hasta sus sabios, como Solano, todos han sido holocaustos o apóstoles para la paz y de la paz.

Trovadora romántica, canta a las rejas de toda hermosura, mendigando piedades; y en el coronamiento a Llona y en la apoteosis a González Suárez, ha sido iniciadora, propagandista o ejecutora ¡Tal es su noble misión!

Pero la fraternidad de los pueblos, como la de los individuos, es un vínculo de derechos sagrados y de deberes religiosos del que brota la paz, amor que se goza en el bien y constituye la suprema as-

piración del alma humana; y estos derechos y deberes ligan, con mayor fuerza, no a pueblos homogéneos que marchan siempre en dirección paralela, sino a los que con misión y destinos diversos forman un sólo ser organizado o se mancomunan para las funciones de la vida etnárquica; de modo que la actividad de todos los elementos sociales en los fenómenos fisiológicos del Estado, que constituye la moderna ciencia de la Sociología, es por demás importante para el estudio del alma colectiva de la nación o de la casta, cuya existencia es un dogma entre publicistas y pensadores; y de estas consideraciones nace la estrechez íntima de relaciones que nos ligan con la patria de Cevallos y Montalvo, de Mera y Martínez.

La hermosa ciudad de Ambato, que en proporción al número de pobladores, ha producido más hombres ilustres que las otras ciudades de la República, no constituye un caso teratológico para las observaciones científicas; porque colocada ella en la misma senda por donde bajan, diré así, las fuerzas sociales de la capital de la República y suben las corrientes inmigratorias de la Metrópoli Comercial, los ambateños en este flujo y reflujo de elementos de cultura y civilización tan manifiestos, han progresado rápidamente, marcando como caracteres, casi peculiares de su paisanaje, una altivez y una independencia peligrosas quizá, si no estuvieran hermanadas a la laboriosidad y a la inteligencia, comunes a los hijos de esa tierra privilegiada.

Un pueblo de estas energías necesitaba, indudablemente, de la insinuación, de la iniciativa extraña, para celebrar las fiestas propias, por gloriosas que ellas sean; y a Cuenca le correspondía tan noble misión, como encargada de los fastos inmortales de la Historia, ya que vive del pasado y de las dulces aspiraciones del ensueño.

Un pueblo altivo, sólo se deja vencer por otro que es todo corazón; y así, la espléndida generosidad del Municipio ambateño, que ha decretado una medalla condecorativa para la Asociación de Investigaciones Históricas "Pedro Fermín Cevallos," da un tes-

timonio de cordialidad y afecto a la sociedad entera de Cuenca, y cae en sus brazos, vencida por el amor.

Admiramos nos dicen ellos, en documentos públicos que guardan una grata confianza, admiramos a vuestros hombres superiores, y nos complacemos en reconocer como la iniciadora en las fiestas del centenario a la ilustre Cuenca, a ese manantial inextinguible de preclaras inteligencias, que grande como es, sabe comprender, sabe apreciar lo verdaderamente grande.

He aquí condensada el alma de esta tierra noble y generosa, altiva e inteligente, que se acerca a nosotros, porque supimos anticiparnos a sus deseos: ellos querían celebrar su fiesta del hogar, que es nuestra también, porque la grandeza no reconoce fronteras; y nos agradecen porque compartimos con ellos el triunfo. No sé que valer tengan estos detalles en la crítica de la historia y en la filosofía de los pueblos, pero yo presiento que estas fiestas sencillas tienen alta, trascendental y decisiva importancia en la vida republicana del Ecuador, especialmente en los momentos actuales, en que se pretende sembrar el odio y la discordia en todas las luchas ciudadanas.

Pero no son únicamente los vínculos de fraternidad ni las relaciones síquico-sociológicas las que nos imponían el deber de celebrar esta fiesta. Este homenaje de admiración se lo debíamos al insigne historiador D. Pedro Fermín Cevallos, por ser él una de las glorias más puras de la Patria.

No voy, Señores, a recordaros aquí, una a una, las fecundas labores científicas, literarias y sociales del docto ambateño. No voy a hacer resurgir ante vosotros la veneranda figura del egregio juriconsulto, bajo el dosel purpurado de la Corte Suprema de Justicia, o en el sillón de honor de la Academia. No voy a enterneceros, acaso, con la descripción de las escenas dulces del hogar, en que el abuelito, transparentando con los años, su alma candorosa y buena, murmuraba plegarias, arrodillado en el grupo de sus netezuelos, o interpretaba con inocente dulzura los preceptos del Catecismo, el Código de amor de las

almas inmortales.

La crítica moderna exige algo mas que el elogio aislado o la enumeración descarnada de las obras ejecutadas y de las virtudes practicadas por un hombre. Hoy se disea el corazón, se anatomisa el cerebro y el alma, y se estudian los medio ambientes y las causas generadoras y las génesis causales que influyen en la grandeza humana.

La sabiduría es una luz que brilla, en el oscuro absoluto o en el plenilunio, y es también una fuerza que robustece los focos que alumbran el sendero por donde peregrinan las multitudes. Un *amagua* resolviendo, por sí mismo, grandes problemas numéricos sería un sabio, digno de la glorificación, aunque esas operaciones las practica un niño en los países civilizados. Kepler fijando las leyes del mundo universo, es sabio, a pesar de que la colección de sus principios no llena la página de un libro; y el Tostado es sabio también, sin haber descubierto ley alguna en la naturaleza o en el pensamiento, porque atizó la luz que mantiene la Ciencia a fin de que la Humanidad no marche a oscuras.

Nuestro historiador Cevallos, en el primero y en el último de estos conceptos, fue un sabio. Es cierto que no se remontó a lo arduo y verdaderamente abstracto de la historia, el origen de las razas y la prehistoria, como lo ha hecho con paso vacilante e incierto todavía, otro sabio de talla colosal, Monseñor González Suárez; pero aun en la parte puramente de combinación, y en la narración de los hechos, supo ordenar, coordinar y preparar eso que se llaman las lecciones esotéricas del pasado, o sea la filosofía de la Historia. En la evolución natural de las sociedades vendrán otros hombres superiores que resuelvan los problemas que delectamos en un claroscuro, bastante tenue todavía, de la misma manera que, en la evolución cósmica, aparecen astros de tal magnitud, que dejan convertidos en proporciones de un átomo, los mundos que admirábamos por inconmensurables y hermosos; pero a pesar de esta evolución, que envuelve muchas obras del pensamiento en las sombras del olvido, estos libros serán siempre archivos del saber

humano; porque son manifestaciones de luz que extinguen las sombras. La ciencia puede progresar, y progresa en efecto; pero el átomo, pero la chispa que brota del cerebro soberano y creador es siempre glorioso, es siempre inmortal.

Cuenca conoce lo que vale el pensamiento, Cuenca valoriza el mérito de la labor intelectual, acaso porque no sabe sino estudiar; y por esto celebra esta Velada, en que todo es grande y espléndido. Una porción escogida de la sociedad presidida por su patriótico y sabio relato, en que ocupan su puesto gerárquico las ilustradas autoridades políticas, civiles y militares, la Exma. Corte de Justicia, el Ilustre Concejo Cantonal y las doctas Facultades de la Universidad Azuaya; una tribuna, en la que van a hablar, personajes distinguidos por su cultura y saber; una juventud inteligente y bizarra, que trabaja, y un grupo de artistas insignes, que se aunan para celebrar la apoteosis del genio ¡Que espectáculo tan magnífico, Señores! Yo me siento orgulloso de ser cuenecano ¿porqué no confesarlo? Pues el amor a la Patria y el culto a los inmortales nos ha engrandecido, nos ha elevado.

Ya no nos arredra saber que es un don funesto el del canto, una misión dolorosa la de la lira, un martirio sobrehumano el de la pluma, una crucifixión sangrienta la de la gloria, una ascensión fatigosa la de la altura; porque los pueblos, como los individuos, llamados a ese Calvario, llevan a cuestras los destinos de la humanidad y triunfan a la postre, porque sienten, porque aman, porque viven vida inmortal.

Por lo demás, si conocemos nuestro apostolado en las contiendas de la democracia republicana y en las relaciones de la concordia ecuatoriana, trabajemos mañana, como hemos trabajado ayer y hoy, para la conquista de nuestros hermanos, mediante la admiración y el homenaje a todo lo que ellos admiran, a todo lo que ellos veneran. Arrebatémosles sus ídolos, colocándolos en nuestros altares, para obligarles a venir a nuestros templos, donde se fundan en uno los corazones. El amor es también una religión, y

la única religión verdadera de los pueblos, en sus relaciones sociales.

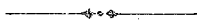
Y perdonadme, Señores, si entusiasmado por el momento, me he detenido en gratas confidencias de familia, en esta fiesta en que se habla tan alto, que acaso me escuchará la Nación entera; pues quiero que sepan todos los ecuatorianos cómo hablamos, cómo pensamos, cómo vivimos en Cuenca, hoy mismo y en esta solemnidad en que nos sentimos todos, fraternalmente unidos, con las embriagueces de la gloria.

Señores.

Remigio Romero León.

DISCURSO

del Representante del Ilustre Concejo Cantonal
de Ambato.



Ilmo. Señor, Señores Profesores y Concejales,
Señoras y Caballeros:

Anunciada por la distinguida "Asociación de Investigaciones Históricas" de esta ciudad la presente velada literaria, en celebración del Centenario del nacimiento de nuestro esclarecido historiador D. Pedro Fermín Cevallos; la noble ciudad de Ambato, cuna del eminente escritor, me ha comisionado por órgano de su Ilustre Corporación Municipal, para representarla en este acto, que importa un justo homenaje de admiración a la memoria de uno de sus más preclaros hijos. A tan honrosa como inmerecida distinción debo la oportunidad de dirigiros la palabra en esta noche; y no puedo menos que confesaros la muy especial complacencia que experimento al hacerlo bajo los auspicios de la muy ilustre Universidad del Azuay; porque al verme hoy en este augusto recinto, del cual azares y vicisitudes de la suerte me han alejado mucho tiempo, me creo vuelto de improviso a los torneos de mi soñadora juventud, y siento latir mi corazón con el vigor de los primeros años. Mas, al propio tiempo, Señores, cuántos motivos de justo recelo para mí! Ocupar la tribuna universitaria del Azuay, esta célebre tribuna donde aún vibra, sapiente y luminosa, la palabra inspirada de los Malos, los Cuevas y Corderos; ocuparla en representación de un pueblo ilustre, que se precia de contar entre sus hijos más de un heraldo de la fama literaria del Ecuador; y ocuparla con ocasión del Centenario de un varón eminente, digno como pocos del aplauso y admiración de la posteridad: consideraciones son que sellarían mis labios, si la idea de vuestra conocida benevolencia no fuera poderosa a

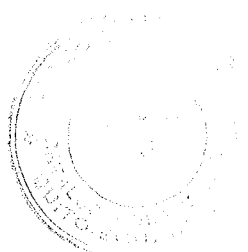
reanimarme. Confiado en ella voy, Señores, a ocupar por breves instantes vuestra bondadosa atención.

No todos los hombres que atraen un día la atención de sus conciudadanos y viven a la plena luz de la notoriedad, son dignos de un lugar en la memoria de las generaciones que les suceden. A cuantos, por el contrario, son aplicables estas terribles palabras de nuestro gran poeta:—

Surjan del sucio polvo héroes de un día
Y tiemble el mundo a sus feroces hechos:
Pasará, al fin, su horrible nombradía....

Dignos de la apoteosis de la historia y de vivir siempre en la memoria de sus semejantes, son solamente aquellos hombres cuya vida, cuya labor moral e intelectual quedan encarnadas en la sociedad en que vivieron, marcando en ella una conquista, un triunfo, un grado de desarrollo, en la marcha penosa del hombre y de la comunidad humana hacia los ideales de la anhelada perfección. He aquí por que encuentro justo que el pueblo ecuatoriano conserve escrito con particular afecto, en la díptica de sus hombres ilustres, el nombre esclarecido del insigne ambateño Don Pedro Fermín Cevallos, y que al cumplirse el Centenario de su nacimiento, su ciudad natal y los círculos literarios de toda la República le consagren un respetuoso tributo de admiración.

No fué Cevallos uno de aquellos hombres que ejercen fascinación en las turbas populares y las llevan tras de sí, delirantes de entusiasmo, en aquellos días en que, por extraño convencionalismo de las democracias, es permitido a la ambición apellidar virtud y patriotismo: no fué uno de aquellos tribunos temerarios, que compran celebridad a precio de venglería escandalosa; no fué en la prensa un justador de formidable lanza, cien veces ensangrentada en el maltrecho cuerpo del adversario. La celebridad de que disfrutó en vida fué la noble celebridad del hombre bueno, del amante del saber, del investigador paciente y laborioso, del patriota de corazón; la celebridad del varón conspicuo por la propia virtud.



de sus merecimientos y no por el antojadizo favor de la fortuna.

Por tres aspectos principales alcanzó el aplauso de sus contemporáneos y se hizo digno del de la posteridad el célebre compatriota de Mera y de Montalvo: como eminente jurisconsulto; como filólogo distinguido; como historiador veraz.

Nada diré hoy del hombre de las leyes, que ilustró el foro, el profesorado y la magistratura, con los atributos de una mente superior y la rectitud de una conciencia incorruptible; ni me detendré a estudiar al atildado hablista, que ahondó en las prolijas investigaciones de la ciencia del lenguaje e inició a sus compatriotas en un género de instrucción del cual han reportado abundante fruto las letras nacionales. Cevallos es, ante todo, historiador; como historiador ha hecho su entrada en el templo de la fama, y como tal lo hemos de considerar de preferencia sus reconocidos compatriotas.

Nosce te ipsum es el gran consejo que a través de las edades nos legó la sabiduría antigua. Si brotó de los labios de la Sibila, si nació de la mente de un filósofo, es lo cierto que la ciencia helénica hizo de él el principio de todo conocimiento y de toda moral, y que para comunicarle el más alto prestigio posible, lo puso en boca de los dioses, gravándolo en el frontispicio del más famoso de sus templos. El conocimiento de sí propio es, en verdad, el acto de reflexión psicológica por excelencia, que importa en el ser individual la conciencia de su origen, la antevisión de su fin y la posible disposición de los medios adecuados a la realización de sus destinos en el tiempo. En las asociaciones humanas, en los pueblos y naciones, ese conocimiento, tan importante como en el individuo, es un acto de la conciencia colectiva, que halla expresión en la palabra del filósofo, y se llama el juicio de la Historia. Verdadero *sacerdocio de las naciones*, la misión del historiador es así la más alta a que humanamente puede aspirar el genio del hombre: el culto de la verdad y del bien es su objeto; su fin el perfeccionamiento de las sociedades humanas y de los seres morales que

las constituyen.—Tal fué la altísima misión que hizo suya el ilustre compatriota cuyo nacimiento conmemoramos.

Iba ya promediado el siglo XIX. El Ecuador había vivido su historia tres veces secular; es decir, se había desarrollado en su seno el drama social de nueve generaciones, en medio de sus variadas escenas de luz y sombras, de glorias e infortunios, de triunfos y sacrificios. Y qué pueblo no tiene, en este sentido una historia, si ésta no es más que la vida misma, con todas las alternaciones de su perenne mutación? Pero faltaba leer en esos hechos y vicisitudes *la palabra eterna* que marca el destino de los pueblos; faltaba el estudio y la interpretación de esos hechos, para aprovechamiento de las generaciones presentes, para ejemplo y advertencia de las venideras; en suma, faltaba escribir la historia ecuatoriana; y a esa labor consagró Cevallos las energías de su vida, en bien de sus conciudadanos y para honra de la patria.

Y en tan ímproba tarea hubo de aventurarse casi sin predecesores que le sirviesen de guía por el intrincado laberinto de los pasados tiempos. Antes que él, sólo el presbítero Juan de Velazco había intentado escribir una Historia del Reino de Quito. Pero la obra de este distinguido compatriota, inestimable por muchos respectos y muy especialmente por haber sido el primer ensayo de una historia propiamente nuestra, ha sido comparada, con razón, a un precioso gabinete de numismática, cuyo dueño, curioso por extremo e infatigable en coleccionar, pero falto de discernimiento y sagacidad, hubiese reunido infinidad de piezas de variados metales y clases, confundiendo las auténticas y útiles con las apócrifas y perjudiciales.

Cevallos tuvo, pues, que hacer obra de investigación propia en mucha parte. Las crónicas de la conquista; las Memorias de los Virreyes; la legislación colonial; los archivos de la Presidencia, de los Tribunales y Municipios; las relaciones de sabios viajeros, la tradición oral y hasta el *folk-lore* ecuatoriano: todo debió ser explorado por el diligente narrador de nuestra historia; y de esa labor paciente de

largos años resultó el esbozo de las razas aborígenes y de su incipiente cultura, y la relación verídica, minuciosa e interesante de la larga y medrosa dominación colonial, de esa era de heroísmo sin ejemplo y de maldades sin nombre, de grandes vicios y grandes virtudes, en que se produjo la dolorosa gestación de nuestra asendereada nacionalidad.

Menos fatigoso y más grato empeño era el de referir nuestras luchas por la independencia. Más próximos los hechos, más accesibles y abundantes las fuentes de información, más conocidos los hombres, casi vistos los actores y observada la escena misma; el historiador ecuatoriano pudo entrar, y en verdad entra, en esta parte, con pié firme, como en terreno propio: estudia las causas y el rumbo de los acontecimientos, aquilata el mérito de los hombres, describe las luchas, explica los triunfos, analiza las ideas y las tendencias de la época, aplaude la virtud, condena el crimen, paga tributo de admiración a nuestros próceres y se descubre reverente ante aquellos que culminaron en la grandiosa escena, coronados con el lauro inmortal de cien victorias.

Al esfuerzo común de los pueblos de América por sacudir el yugo de la secular dominación colonial, esfuerzo gigantesco que agitó todo un continente, desde el mar Caribe hasta las riberas del Plata, y desde uno al otro océano, se siguió luego la muy menos gloriosa pero más íntimamente relacionada con el ser actual de los pueblos hijos de España en el Nuevo Mundo: la época de la formación definitiva de las nacionalidades americanas.—Cómo el Reino de Quito vino a ser la República del Ecuador, desde 1830; qué hechos y antecedentes determinaron esta evolución; con qué suceso se aventuró un pueblo recién salido del pupilaje colonial a ensayar la trama delicada y sutil de la forma republicana de gobierno; quiénes fueron sus primeros conductores y cómo vivió los tres primeros lustros de su existencia: tales son los puntos con cuyo estudio cerró Cevallos su "RESUMEN DE LA HISTORIA DEL ECUADOR"; deteniéndose al comienzo de la época contemporánea, para no correr el riesgo de que intereses, afectos, espíritu de

partido, acaso propia participación en tales o cuales acontecimientos, perjudicasen a la alta y serena imparcialidad que debe presidir en los juicios de quien los forma para transmitirlos a la posteridad.

En brevísima síntesis, esta es la obra de Cevallos, como historiador. ¿Diremos, en elogio suyo, que es obra acabada y perfecta, insuperable en su género, digna de ser tenida por autoridad suprema en nuestra historia? No, por cierto. En obras de este género, no se alcanza la perfección al primer ensayo; ni menos la puede alcanzar, en medio del tráfico de la lucha por la vida, quien no dispone de caudal bastante, y ha de compartir sus horas en labores diversas y acaso contrapuestas. El mérito de Cevallos estriba en lo noble y patriótico del propósito, en la valentía del intento, tratándose de un país en donde los medios particulares son escasísimos, y los oficiales nulos, por la indiferencia de los gobiernos para obras de este género; su gran mérito es el de haber sido en gran parte el primero en romper la selva, desbrozar la maleza y colocar los jalones que señalen el derrotero a nuevos investigadores más afortunados. Ni ¿cómo había de ir a más entre nosotros el historiador de la época precolombina, ni aun el de la conquista y la colonia, sin la eficaz ayuda de todas las ciencias auxiliares de la historia, que hasta hoy no cuentan con cultivadores en nuestro suelo? Sin descripciones geográficas exactas; sin las enseñanzas de la arqueología y la paleontología; sin las revelaciones etnográficas y lingüísticas; sin los datos de la cronología y de la filología comparada; ¿cómo llamar a juicio a épocas y razas muertas, que se hundieron en la noche de los tiempos, sin dejar-nos más palabra escrita que las huellas materiales de su paso, sus sepulros y osamentas, sus templos y fortalezas, sus piedras y sus bronces; o cuyos monumentos históricos fueron acaso destruídos por la ignorancia o el fanatismo de los hombres de hierro de la conquista? ¿Cómo historiar la misma vida colonial sin revolver, además de los nuestros, los archivos de la Metrópoli y de los principales centros de los dominios de España en el Nuevo Mundo? Y ¿cómo

emprender para ello dispendiosos viajes, en una época en que el simple paso de una provincia a otra de la República requería un esfuerzo que no todos podían emplear? Quien pondere estos y otros muchos obstáculos con que tuvo que luchar la paciente laboriosidad de nuestro recordado historiador, no podrá negarle el indiscutible mérito de haber ejecutado una obra tan perfecta como era posible en las circunstancias de tiempo y de lugar en que hubo de producirla; una obra de soberano esfuerzo, que acredita el vigor intelectual y el temple de carácter de quien supo llevarla a feliz término; luciendo en ella, por lo demás, invariable amor de la verdad, alta rectitud de criterio, sagacidad de observación, ecuanimidad constante y aquella forma castigada y pulcra con que abrillantaron sus obras los historiadores del siglo de oro de las letras castellanas. Si esto no fuera suficiente para la justa fama de un escritor y para granjearle el afecto de la posteridad, lo sería sin duda el fruto abundante que su ejemplo comienza a producir en nuestra patria. El ilustre autor de la Historia General de la República, obra ya mucho más copiosa, documentada y erudita que el Resumen, declara que aquella comenzó por ser en su mente un simple trabajo de anotación a la obra de Cevallos. ¿No es esto reconocer una especie de paternidad, honrosísima para el historiador ambateño?

Otro fruto del propio ejemplo quiero ver en la misma "Asociación de Investigaciones Históricas", hace poco fundada en esta ciudad, y por cuya iniciativa conmemoramos hoy el Centenario de Cevallos. De esta reunión de jóvenes intelectuales puede esperar mucho la patria ecuatoriana, si sus distinguidos miembros dedican con tesón los esfuerzos de su claro talento a objetos dignos de la época en que vivimos. En sus manos está quizás cambiar el rumbo de los estudios a que suele consagrarse de ordinario nuestra bien dotada juventud, haciendo de las importantísimas ciencias relacionadas con la historia un objeto de marcada preferencia. De los tiempos en que escribió Cevallos, a los nuestros, hay ya medio siglo; y durante este tiempo es indudable que las fuentes del saber

se han multiplicado inmensamente entre nosotros: los medios de comunicación han aumentado dentro y fuera de la República; el cambio literario y científico con todos los países del mundo se ha facilitado; sabios extranjeros han hecho sobre nuestro suelo estudios que no habíamos hecho nosotros; y nuestras bibliotecas, así públicas como particulares, han aumentado su caudal con preciosas adquisiciones. A buen seguro que no son libros—o la posibilidad de adquirirlos—lo que hoy falta en el Ecuador, para la iniciación científica en cualquier ramo del saber humano. Ojalá que esta importante Asociación, que hoy se honra con tributar un justo homenaje de admiración a la memoria de nuestro ilustre historiador, llegue a dar a la patria hombres dignos de la fama del esclarecido procer ambateño, como expertos continuadores de su meritísima labor.

He dicho.

Rafael María Arizaga

DISCURSO

del Presidente de la Academia del Azuay.

El Ecuador va haciendo ya conmemoración de los pocos hombres de la primera época de su cultura, y lo hace hoy respecto del Dr. Pedro Fermín Cevallos, precisamente cuando acaban de desaparecer dos de los astros de superior magnitud en la constelación intelectual del Continente: D. Luis Cordero y el Dr. Luis Felipe Borja.

Estos dos egregios varones habrían también, con la alta supremacía de su palabra, celebrado la gloria de su compatriota Cevallos, primer historiador de nuestro período republicano.

No es nuestro ánimo considerar a Cevallos como historiador de la época colonial. En punto a esta, hubo de referirse a quienes le precedieron, sin disponer de documentos ni estudiar los archivos de Indias y de los Virreinos.

La época colonial que tuvo cronistas e historiadores españoles, entre los que descuella el diligente Padre Velazco, alcanzó al fin la rara fortuna de ser historizada por el Ilustrísimo González Suárez, en páginas de gallarda composición y severa crítica. El noble historiador, que puso además los fundamentales sillares de nuestra pre-historia, cerró su libro con el último destello del sol de Castilla, que en melancólico regreso se retiró al nativo hemisferio: como que resistió el generoso escritor a pasar de la elegía de España a la epopeya de nuestra emancipación, para caer en la trágica comedia de esta República, girón del desgarrado manto de la gran madre Colombia. Para ardua y limpia empresa nacido, no quiso sin duda narrar las flaquezas de nuestra vida independiente, cuando esperábamos que él ampliase la relación de Cevallos, enmendándola quizás en una que otra apreciación y animándola sobre todo con la poética inspiración y el encanto del estilo: primor an-

tiguo remozado por el gusto moderno, cualidad que distingue al sabio historiador y atildado literato.

No está, pues, escrita nuestra historia, no digo hasta hoy, ni siquiera hasta ayer, ya que Cevallos llegó sólo al segundo tercio del pasado siglo. Acerca del período que él historió, a su recto criterio es menester acudir, para juzgar principalmente a los fundadores de nuestra República. No porque él solamente ensayase el género, sino porque es el único, a quien por su rectitud, podemos llamar con certeza y conciencia historiador, es decir, veraz testigo de los hechos, juez de ellos imparcial y filósofo sereno que redujo a conclusiones los datos y distribuyó la censura y el aplauso, según los dictados de la equidad y la justicia.

Otros con más estudio como Dn. Pablo Herrera o Dn. Antonio Borrero, con más brillantez de forma como D. Pedro José Cevallos, D. Luis Cordeiro o Don Juan León Mera, pudieron escribir la historia de la República. Pero, ninguno de ellos, a la manera de Ercilla, pudo relatar las campañas en que hubo tomado parte: las fatigas del día fueron tantas que, en la vigilia, se impuso el descanso, y quedó quieta la pluma. Pedro Fermín Cevallos solamente, tuvo serenidad para ensayar en parte el difícil y temido ministerio de la historia.

Esta no se hizo, Señores, para arma de escuela o de partido: tiene la belleza del desnudo, es el documento sin enmienda ni añadidura, vale tanto como la anatomía que sobre el mármol ejecuta el frío operador. Historiar para hacer de la historia un argumento apasionado, un arma arrojadiza o un silogismo al servicio de síntesis preconcebidas, no es historiar. El que, en la historia, imprime ante todo su propia personalidad, trocando en lirismo individual la objetividad de la narración, el que diseña el cuadro no con el procedimiento de la estereotipia, sino que lo recompone al capricho de la imaginación engendradora de fantasmas, podrá ser un polemista, un maestro en el folleto o en el panegírico, uno de tantos guerreros de la palabra o de la pluma, nunca el historiador. Ciertamente, según afirmación de Macau-

lay, se impone al escribir toda obra, inclusive la historia, la inspiración generadora y ese como calorillo vital que determina el empeño y el esfuerzo y da vida a la composición. Ello no se produce, sin la inevitable y poderosa simpatía que por determinados hombres ha nacido en nuestro corazón, a impulso de la filosofía de nuestro gusto, del programa de nuestro servicio y del ideal íntimo y social que informa nuestras acciones. Pero de esta honrada y casi oculta inclinación del espíritu, necesaria también para que la historia resulte obra sentida y artística, no puede derivarse la licencia de falsear el hecho, encenagar al personaje aborrecido, cubrir de púrpura las mancillas de nuestros amigos o enterrar ignominias y vicios con la estudiada piedad del silencio.

Dn. Pedro Moncayo trasplantó aquí los métodos de esta escuela: no se constituyó juez, que a tal debe aspirar el historiador, sino fiscal; y para sacar verdaderas sus consecuencias, hubo de ocultar hechos y abultar los delitos, trocando en éstos casi siempre los simples errores. Perdido el equilibrio de la imparcialidad, su libro pasó a la mera condición de obra de periodista. Fué una positiva desgracia; pues, este hombre por su sinceridad, por su elevada intervención en muchos de los acontecimientos, ha podido darnos un resumen que determinase más amplios trabajos posteriores. El ejemplo de Moncayo, no obstante la victoriosa refutación del talentoso hombre público Dn. Pedro José Cevallos, ha influido grandemente, para desviar la historia de su recto y tranquilo cauce. Se han prodigado las relaciones, los folletos, las monografías: de todo lo cual no se obtiene en definitiva sino datos mutilados, apologías, acusaciones y el testimonio del ardor de la pasión en nuestra turbulenta democracia.

Se ha llegado, por este camino, a la historia, y, ¡quién lo creyera! historia oficial y de enseñanza obligatoria, en cuadernos en que se hace manifestación partidaria hasta llegar al término vituperable, no sólo de atenuar, sino de enaltecer el tremendo puñal que el más grande de nuestros retóricos llamó de vindicta y de salud!

En otro género se han escrito libros de tesis, dentro del criterio de partido, para deprimir o enaltecer a ciertos personajes, sobre todo a los que han impulsado vigorosamente, en uno u otro sentido, el movimiento nacional. Se ha hecho primero la filosofía de la historia, y a sus declaraciones *a priori* ha tenido que acomodarse la historia: así ha sido forzoso dar tormento a los hechos, para que triunfase en todo caso la tesis y el protagonista saliese a luz, dorado por la apología, o con la tizne de la adulación. Perdidos de este modo nobles anhelos, esterilizadas grandes facultades, multiplicándose réplicas y contraréplicas, hemos quedado con alegatos y no con fallos; lo que ha producido una confusión lastimosa de apreciaciones que descamina el criterio con que se han de estudiar los sucesos, con relación al lugar y al tiempo: el imprescindible *medio* que ponderaba Hipólito Taine.

El Dr. Pedro Fermín Cevallos, no obstante haber actuado en una de las épocas más tempestuosas de nuestra política, con ser hombre de partido, anticipadamente a la definitiva formación de ellos en el Ecuador, supo mantenerse en la elevada posición de historiador: alto ministerio, trasunto del de la Omnipotente Sabiduría, juzgadora impasible de los vivos y los muertos. Recto, como en las funciones de un tribunal, estudió el proceso histórico y dió a cada uno lo que es suyo, sin inclinarse de lado de sus simpatías, hombre bueno, diestro definidor del derecho ageno, en ese examen de pruebas en juicio contradictorio, que termina por leal sentencia, que se dá en nombre y por autoridad de Dios y de la Patria. En estos últimos tiempos, en que la mentira aparece casi siempre triunfante hasta en el documento oficial, es justo difundir el criterio histórico, para que en la actual vida ciudadana, sepamos ver la verdad, y luego, digamos la verdad y, al fin, escribamos la verdad, sin miedo alguno, con prescindencia del cariño a los propios y del desafecto al adversario. La crítica se ha de fundar en la justicia y se ha de mover por la suprema fuerza motriz de la caridad. No por que otros mientan hasta en las alturas del



poder y se difunda la impostura en la prensa y en la tribuna, hemos de tomar venganza imitando a los corruptores de la conciencia nacional.

A la luz de estas consideraciones, es justo rendir tributo al Sr. Cevallos: no porque su obra resulte un modelo, sino porque, ante todo, es honrada. Su autor respiró la limpia atmósfera de la altura, sobreponiéndose al interés de las facciones, en términos que no puede apellidarle suyo ninguno de los bandos en que, por las pasiones de los hombres, más bien que, por tolerancia del Cielo, estamos—por mala ventura—divididos.

Sea ésta nueva ocasión para recomendar a la inteligente juventud la escrupulosa labor histórica. El arte de historiar aparece eminentemente civilizador: la historia significa examen de la conciencia nacional, balance del progreso y punto de partida constante en la jornada de los pueblos. Sin la tradición escrita de los acontecimientos, no podemos conocernos; y sin el propio conocimiento, no es dable que demos un paso para avanzar y mejorar.

En todos los órdenes del progreso se impone la necesidad de estudiar de dónde vinimos, cuál fué nuestra progenie y el remoto manantial de la civilización; cómo se desarrolló ésta, cuándo tomó incremento el alma primitiva de la nacionalidad. Del estudio del ser colectivo en todas sus manifestaciones dinámicas arranca la conclusión necesaria: qué debemos hacer para corregirnos y qué fundar para dar extensión a nuestras facultades de pueblo y de raza. Así es como la historia aparece el resultado final de la estadística, la síntesis del programa y de la vocación de un pueblo y la fórmula cierta del progreso venidero.

Es una vergüenza, Señores, que aquí se ignoren hechos principalísimos hasta de nuestra reciente vida republicana, y que los archivos se apolillen y que los antiguos monumentos de inquisición y crónica se consuman. Sobre las ruinas estamos de vieja civilización, ¿y no interrogamos el misterio de esas ruinas? ¿Somos acaso actores inconscientes del drama humano que se agolpan un instante en la escena, para luego des-

aparecer, sin preguntar siquiera por los personajes que les precedieron, y sin darse cuenta de la acción en que intervienen? ¡Hemos venido aquí para construir el nido y cantar como los pájaros, entregando luego aquella breve arquitectura del nido a los caprichos del viento? ¡Triste en decirlo! pero, sabemos más de las viejas crónicas de apenos solares, que de la casa propia, como que tenemos vergüenza de la pequeñez de aquí, y renegamos de nuestra tierra, rebelados contra Dios que nos dió la Patria, a la que no sabemos amar.

El ilustre varón, cuyo centenario conmemoramos, diónos ejemplo para que, con insaciable curiosidad, ahondásemos en todos los detalles de esta vasta empresa de la historia. Y diónos ejemplo, para que escribiésemos historia concienzuda y severa, no legendaria y anecdótica, sino documentada y de estricta comprobación. Para mayor dignidad de tan noble ministerio, escribió los anales en noble estilo y lengua de aquilatada limpieza. Trató la historia, como se trata a una matrona, con maneras de respetuoso cortesano. La juventud ecuatoriana aprenda en el Dr. Cevallos la elevación de su criterio y la excelencia de su literatura.

Agradezco al inteligente compañero, promotor de esta fiesta el haberme llamado a compartir con él el homenaje al más antiguo de nuestros historiadores republicanos. Dicha es para mí dejar estas efímeras palabras como tributo al anciano amigo, de cuyo caso tuve el honor de recibir calor y lumbre generosa.

Y saludemos, Señores, en este momento solemne a la sociedad de Ambató, madre gentil del más consumado prosista de América, de uno de sus más grandes humanistas, y también del primer historiador de la República: Montalvo, Mera, Cevallos.

Remigio Crespo Toral
